

Tampoco mis libros saben que yo existo.

Jordi Nadal¹

www.jordinadal.com

Mis libros me acompañan en la entrada de mi nueva casa.

La historia es esta y tiene tres partes:

1. cuando cumplí 18 años, mi padre, mecánico de coches y fuente principal de mis decisiones valientes, puso un piso a mi nombre. En 1980 me daban mensualmente 9000 pesetas de alquiler (unos 55 euros). Con esa cantidad, fui a la cooperativa universitaria de la Facultad de Filología, donde estudiaba primer año de Germánicas y pregunté por el gerente.

-Mire, soy un estudiante de filología recién matriculado. Sé que dan un 20 % de descuento a los alumnos que compran en su cooperativa. Yo le compraré 9000 pesetas cada mes. ¿Qué descuento me puede ofrecer?

Me ofreció un 25 % "como a los profesores", me dijo.

Llegué en poco tiempo a tener más de 1000 volúmenes, en los que seguí leyendo.

Todo aquello me abocaba a aprender cosas que yo ignoraba. Pasé a vivir más vidas. Otras vidas. Aprendí de esa gente, de esas situaciones tan diferentes a mí. Entendí cosas. Aprendí a aceptar cosas que aún no entendía del todo. Aprendí a vivir, en cierto modo, un poco más a fondo.

2. Un día, el director de la división de libro universitario de la editorial Vicens Vives, le preguntó al gerente de la cooperativa por si conocía a algún estudiante que quisiese ser promotor universitario. Citó mi nombre. Se produjo una entrevista. Me ofrecieron un contrato. Era 1983. Empiezo el que era mi deseo: trabajar en el mundo editorial.

¹ Director editorial y de comunicación de Deusto / Gestión 2000/ Ceac / Alienta y autor de "Libros o velocidad"

En uno de las primeras ferias del Liber, en Barcelona, un señor que hablaba alemán con un amigo se dirigió a mí en castellano, (yo estaba atendiendo en el stand de Vicens Vives). Le contesté en alemán. Se iba y regresó sobre sus pasos. Me dijo:

- *Oiga, La Fundación Bertelsmann tiene unas becas para gente que quiere hacer prácticas en editoriales alemanas. ¿Quiere usted postularse?*

Le dije que sí, le mandé un CV y él lo remitió a Alemania. Me dieron una beca.

Mi vida profesional se tornó algo serio, muy serio, gracias a ese hombre generoso, la persona más elegante, ponderada, humana y buen profesional que conozco en el mundo del libro: Hermann Nahm, quien era gerente de la que fue mítica librería en Barcelona, la librería Herder.

Esa gran librero de esta ciudad se ha jubilado, pero no en mi corazón. Es, citando a Pla, *Un senyor de Barcelona*.

3. Estoy cambiando de casa, por motivos que no vienen a cuento, pero, en todo caso, no fáciles de gestionar.

Quiero que mi casa acoja a mis amigos que me visitan, y recién me han instalando las estanterías. Coloco en ellas, entre los más de 3000 libros que me cuidaban hasta hace poco, 300 libros selectos.

Los 300 que más me han gustado. Son mis dioses lares. Son las personas, los títulos, los autores que quiero que saluden a los que entran en mi hogar. Están en el pasillo del recibidor: vigilarán la entrada y harán, por tanto, de dioses protectores: dirán quién soy (o quien me gustaría ser) y cuidarán a quienes crucen el umbral

- Francis S. Fitzgerald les dirá cosas tiernas y tristes;
- Elias Canetti, verdades como puños centroeuropeos;
- Primo Levi les dirá que se puede vivir sin las tablas de la ley mosaica, pero que al menos cada uno llegue a escribir y asumir las suyas, y nos dará una lección de lucidez.
- Albert Camus les dirá que nada es más bello que una vida digna, hermosa, luminosa como la luz sobre el mar Mediterráneo.
- Ryszard Kapuscinski les enseñará a comprender, a aceptar, a mirar con capacidad de conocimiento, esto es, de amor.
- Marguerite Yourcenar les enseñará la actualidad de la belleza.
- Miguel Torga la potencia única de la autenticidad.

- Pablo Neruda les dirá un secreto: que yo entré en la vida adulta el 24.12.86, el día que terminé de leer *Residencia en la Tierra*.

Podría decir más, pero es totalmente innecesario.

Mis libros, -esos libros que no saben que yo existo, como decía Borges-, me acompañan.

Yo sí sé que existen. Además, me han enseñado cosas que, lamentablemente, no siempre sé aplicar. No soy, creo, mejor gracias a los libros. *Pero soy, sin duda, mucho menos peor gracias a ellos.*

Sé que tendré momentos de duda. Pero yo no dudo de ellos. No esperan nada de mí, y me lo dan todo. Están tan desnudos como la propia vida. No están para añadir adjetivos. Son. Son un puente, entre la vida y la muerte. Me ofrecen su vida, su sombra y su cobijo. Me causan dolor, me muestran el precio del amor. Me enseñan a perder y a reír. A reírme de mí. A reírme de la sola idea de ganar.

Me enseñan y callan. Son mi Buda y su *Dhammapada*. Son mis padres. Son mis hijos. Son mis hermanos. Me hacen daño, me hacen bien. Me hacen. Están hechos de árboles que tenían fibra. Ahora son mi fibra.

Les quiero mucho.